

Teoría crítica, democracia y esfera pública: concepciones e usos en América Latina¹

Sérgio Costa e Leonardo Avritzer

Las llamadas teorías de la transición democrática constituyeron, como se sabe, una de las vetas más provechosas de las ciencias sociales en América Latina. Haciendo una amplia radiografía institucional de los países que se democratizaban, trabajos como aquél editado por O'Donnell, Schmitter e Whitehead (1986) constituyeron, por lo menos hasta los años 90, la forma por excelencia de estudiar e interpretar el autoritarismo y el momento en que la incertidumbre sobre los resultados del juego político y la fuerza reguladora de reglas universales se impusieron nuevamente sobre el poder de un actor único – tal la definición de democratización de las teorías de la transición. Es más, las teorías de la transición consagraron la recién surgida ciencia política que, en la mayoría de los países latinoamericanos, solamente a partir de los años 70 se afirma como un campo de investigación independiente, con una metodología propia y paradigmas de análisis distintos.

A lo largo de los años 90, se va consolidando un nuevo abordaje de la democratización, este, de naturaleza sociológica, refuta la homología entre los procesos de construcción institucional y de democratización societal sobrentendida en las teorías de la transición. Lo que se intenta mostrar es que, al lado de la construcción de instituciones democráticas (elecciones libres, parlamento activo, libertad de prensa, etc.), la vigencia de la democracia implica la incorporación de los valores democráticos en “las prácticas cotidianas” (Avritzer, 1996:143). En este caso, el análisis de los procesos sociales de transformación verificados en la democratización no podría permanecer confinado a la esfera institucional, debería, al contrario, penetrar el tejido de las relaciones sociales y de la cultura política gestadas en ese nivel, revelando las modificaciones ahí observadas. De esta manera, la crítica sociológica a las teorías de la transición indica la necesidad de estudiar, reconstructivamente, el modelo concreto de relacionamiento entre el estado, las instituciones políticas y la sociedad, mostrando que en esas intersecciones habita, precisamente, el movimiento de construcción de la democracia. La democratización, en este caso, ya no es más un momento de transición, es el proceso permanente y nunca enteramente acabado de concretización de la soberanía popular (ver Costa 1997, Olvera 1999).

Para la construcción de tal abordaje sociológico de la democratización, la incorporación de conceptos como sociedad civil y espacio público, desarrollados más adecuadamente en otros contextos, desempeñan una función clave. Ellos permiten la resignificación de la inmensa gama de trabajos particulares que, en una operación casi etnográfica, habían estudiado los diferentes actores surgidos a lo largo de la democratización y sus formas de relacionamiento con el estado y las instituciones, permitiendo que sean contextualizados en un marco teórico amplio (Costa 1994). Estas categorías, no obstante, no son de uso exclusivo de aquél campo que aquí se denomina de tratamiento sociológico de la democratización. Ellas presentan, para decir verdad, uso múltiple y diverso, asumiendo en cada autor una connotación propia. Dessa maneira, a adaptação de tais conceitos ao contexto latino-americano implica a explicitação do sentido preciso que eles assumem. No que diz respeito à idéia de sociedade civil, pode-se dizer que se processou nos últimos anos, em consonância com um debate mundial, a construção de uma teoria da sociedade civil latino-americana e de seus usos analíticos no contexto de uma interpretação sociológica da

¹ Este artigo retoma partes de trabalhos anteriores dos autores e mais notadamente artigos escritos para um dossier sobre espaço público publicado pela revista *Metapolítica* (Avritzer 1999, Costa 1999) e dois livros recentes (Avritzer 2002; Costa 2002)

democratização e do cenário pós-democratização (vide, entre outros, Avritzer 1996; Costa 1997; Olvera 1999, além do estudo interregional sobre sociedade civil e governance publicado em Dagnino 2002; Panfichi 2002; Olvera 2003).

Já a discussão das possibilidades de uso do conceito espaço público no contexto dos estudos sobre a democratização latino-americanas é mais recente e ainda muito incipiente. O presente artigo pretende contribuir para este debate. Em primeiro lugar, reconstruímos brevemente a trajetória do conceito espaço público na teoria crítica, mostrando como as definições e usos do conceito vão se modificando ao longo do tempo, até chegar à forma, assumida nos anos 90, de um modelo discursivo de espaço público. Em seguida juntamos algumas críticas recentes a tal modelo, a nosso ver relevantes para o estudo dos espaços públicos na América Latina, além de um breve excuroso sobre o conceito espaço público mundial ou global, ao qual malgrado vir merecendo um uso cada vez mais frequente - também na América atina – faltam consistência e plausibilidade teóricas. Por fim, buscamos passar em revista crítica alguns usos do conceito de espaço público na América Latina, concluindo que adaptações e correções ao modelo discursivo de espaço público podem fazer de tal modelo uma ferramenta útil para o estudo de transformações recentes na América Latina

Teoria crítica y espacio público

De la sociedade de masas hasta Strukturwandel der Öffentlichkeit²

El concepto de esfera pública ha sido el elemento central del proceso de reconstrucción de la teoría crítica en la segunda mitad del siglo veinte (Habermas 1990; Calhoun 1992; Thompson 1995; Melucci 1996). Ha representado la continuación de una tradición crítica sobre la cultura de masas iniciada por la Escuela de Frankfurt (Jay 1973) y, al mismo tiempo, ha producido un gran cambio dentro de esta tradición a través de la recuperación de un fundamento normativo que ha permitido establecer una nueva relación entre la teoría crítica y la teoría democrática.

Son dos diferentes dimensiones del concepto de esfera pública las que han posibilitado que este concepto cumpla la función de parteaguas entre el análisis de la industria cultural de Adorno y Horkheimer y las aportaciones a la teoría democrática contemporánea (Dryzek 1990; Benhabib 1995; Gutman 1994; Habermas 1992c). En primer lugar, a través de este concepto se descubrió en la modernidad temprana una esfera para la interacción legal de grupos, asociaciones y movimientos, lo cual abrió un tercer camino dentro de la teoría democrática, más allá del debate entre el elitismo democrático (Schumpeter 1944; Downs 1956; Sartori 1987) y los demócratas participativos (Pateman 1970; Held 1987). Introdujo así la posibilidad de „... una relación argumentativa crítica con la organización política, en vez de una relación participativa directa“ (Cohen 1996, p. ?). Y, así, abrió espacio para una nueva forma de relación entre racionalidad y participación. LEO AQUI TEM UM PROBLEMA PORQUE AO FINAL SE FAZ O ELOGIO DA PARTICIPACAO: FALTA EXPLICAR TALVEZ NUMA NOTA O QUE HAVIA DE ERRADO COM A DEMOCRACIA PARTICIPATIVA

La segunda dimensión del concepto de esfera pública es la tensión que estableció entre la autonomía de la crítica cultural y la comercialización del proceso de producción cultural (Habermas 1990; Thompson 1990). Tal tensión, la cual juega un papel central en la tesis de la esfera pública, decae debido a la infiltración mutua entre las esferas pública y privada (Habermas 1990), y representa la continuación del análisis de Adorno y Horkheimer sobre la pérdida de autonomía del campo cultural (Adorno y Horkheimer 1964).

² El libro publicado originalmente en el año 1962, es traducido 10 años más tarde para el francés e el italiano y solamente el los años 80 para el español (Habermas 1986) y el inglés (Ver Sabato 2000)

El concepto de esfera pública de Habermas condujo hacia el desarrollo de dos áreas de investigación en la teoría social muy productivas y sin embargo contradictorias: la primera incluye las teorías sobre movimientos sociales y sociedad civil (Melucci 1985, 1989; Keane 1988, Cohen 1985 y 1996; Goldfarb 1982 y 1989). Ambas teorías, al margen de sus diferencias³, se inspiran en la idea del desarrollo de una esfera dialógica e interactiva a la que pertenecen los movimientos sociales y las asociaciones voluntarias. La tematización de nuevas cuestiones y el establecimiento de corrientes de comunicación generaron un espacio público constituido por la acción comunicativa (Habermas 1981 y 1992a), es decir, una forma de acción que suspende el contexto de una interacción específica a fin de indagar la validez moral de los asuntos en cuestión. Es en relación con esta forma de acción que la democracia ha sido enfocada dentro de la teoría crítica.

La segunda área de desarrollo dentro de la teoría crítica impulsada por el análisis de Habermas en *Strukturwandel der Öffentlichkeit* es el estudio de los medios de comunicación masiva (Deetz 1992; Thompson 1990 y 1995). Sin embargo, a diferencia del primer caso, el desarrollo del estudio de los medios de comunicación masiva basado en la presunción de similitud entre el consumo de bienes materiales y culturales y en la falta de autonomía en la recepción de los productos culturales no resultó en un primer momento ser muy productivo en cuanto a la creación de una nueva área de estudios. Tanto es verdad que el propio Habermas se ve forzado, como indicaremos abajo a revisar en los 90 sus consideraciones sobre la recepción de los medios masivos.

En el libro *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, Habermas parte del análisis del desarrollo de capitalismo mercantil en la Europa del siglo XVII para mostrar que este desarrollo ha provocado la emergencia de un espacio entre la esfera privada y el Estado, espacio caracterizado por la discusión libre y racional en el ejercicio de la autoridad política. Para Habermas hay dos cambios fundamentales que subyacen a la emergencia de esta esfera.

El primero de los cambios es lo que él llama la separación entre los intereses involucrados en la economía doméstica y la subjetividad. Así, la fuente primera del concepto de espacio público es el alejamiento de la capacidad reflexiva del individuo respecto de la esfera de los intereses materiales. Los públicos culturales están por eso vinculados no sólo hacia la circulación comercial de las ideas, sino también al hecho de que la familia íntima, la subjetividad, al superar la dimensión arendtiana de las actividades no reflexivas permite a los individuos entrar en relaciones „puramente humanas“ los uno con los otros (Arendt 1959).

La segunda transformación en la antigua Europa burguesa subrayada por Habermas es el cambio en relación de la burguesía con el poder. La burguesía es la primera clase gobernante cuya fuente de dominio es independiente del control del Estado y que se localiza en el nivel privado. Su relación con el poder es, en este sentido, estructuralmente diferente a otras clases en la historia porque renuncia al ejercicio directo del gobierno. Según Habermas, el reclamo de la burguesía en relación con el poder no implicó la división de los poderes existentes, sino sólo el derecho a incorporar la publicidad en los mecanismos de relación entre el Estado y la sociedad. Como resultado del reclamo de la burguesía a la rendición de cuentas en público, emergió una esfera constituida por individuos particulares públicamente reunidos para someter las decisiones de la autoridad estatal a la crítica racional.

La descripción de Habermas de la emergencia de una esfera pública en la modernidad no constituye una ruptura con la teoría de la primera escuela de Frankfurt, como podría pensarse en un primer vistazo. Su argumento está relacionado con la idea de la decadencia de

³ Hay importantes diferencias de análisis entre la teoría de los movimientos sociales y la teoría de la sociedad civil. La más importante está en el énfasis que cada una de ellas pone en diferentes momentos y aspectos de la acción colectiva. Los teóricos de los movimientos sociales subrayan „el momento en que las relaciones sociales no han cristalizado aún en estructuras sociales...“ (Melucci 1997: p. ?). La teoría de la sociedad civil, en cambio, subraya la relación entre las esferas interactivas y el sistema político a través del establecimiento de una red de influencia. En este sentido, a pesar de las preocupaciones comunes, cada teoría subraya dimensiones diferentes de la acción social.

lo moderno debido a la manera en que se tematiza la separación entre lo público y lo privado. Con el desarrollo de la modernidad tal separación es sustituida por una „sietalización progresiva del Estado“ y por una „estatización creciente de la sociedad“ (Habermas 1990). El intento de Habermas por localizar las características de un público cultural y político en el primer período burgués, así como su énfasis en las actividades no comerciales de los públicos culturales rompe con la posibilidad de conectar el desarrollo de la modernidad con una tensión entre el mercado y la esfera pública. Sin embargo, los desarrollos más importantes de la teoría crítica apuntarán en esta dirección, principalmente sobre la continua importancia de los públicos interactivos en las sociedades contemporáneas.

La construcción del modelo discursivo de esfera pública

Desde o importante prefácio à reedição alemã de 1990, Habermas (1990) explicita a revisão das teses centrais de seu *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, mostrando que o espaço público continua estabelecendo, como órbita insubstituível de constituição democrática da opinião e da vontade coletivas, a mediação necessária entre a sociedade civil, de um lado, e o Estado e o sistema político, por outro.

A revisão analítica realizada naquele prefácio pode, para nossos propósitos presentes, ser desdobrada em três momentos distintos:

1º) A partir das novas pesquisas da sociologia da comunicação e do comportamento político, o autor relativiza a tese linear anterior de que os cidadãos, na sociedade de massas, teriam se transformado, de politicamente ativos, em privatistas, de atores da cultura, em consumidores de entretenimento. Não se deve subestimar, segundo o autor, o potencial de crítica e de seleção de um público capaz de preservar suas diferenciações internas e sua pluralidade, a despeito da pressão cultural e politicamente homogeneizadora da mídia.

2º) Partindo do modelo em dois níveis de sociedade (a diferenciação entre sistema e mundo vida) desenvolvido em sua “Teoria da Ação Comunicativa”, Habermas mostra que a força sócio-integrativa que emana das interações comunicativas voltadas para o entendimento e que têm lugar no mundo da vida não migram imediatamente para o plano político, pacificando aí as diferenças de interesses e disputas de poder existentes. Recusa-se a fórmula rousseauísta, segundo a qual a virtude cívica dos cidadãos individuais proporcionará *per se* a constituição de um conjunto de cidadãos orientados para o bem comum. A fonte da legitimidade política não pode ser, conforme Habermas, a vontade dos cidadãos individuais, mas o resultado do processo comunicativo de *formação da opinião e da vontade coletiva*. É esse o processo que, operado dentro da esfera pública, estabelece a mediação entre o mundo da vida e o sistema político, permitindo que os impulsos provindos do mundo da vida cheguem até as instâncias de tomadas decisão instituídos pela ordem democrática (p. 37s).

3º) Segue-se a percepção de uma ambivalência constitutiva da esfera pública: nela desembocam tanto os fluxos comunicativos originados no mundo da vida - portanto gestados em relações voltadas para o entendimento - quanto os esforços de utilização dos meios de comunicação para a produção de lealdade política e para influenciar as preferências de consumo. A canalização dos fluxos comunicativos provindos no mundo da vida para a esfera pública cabe fundamentalmente ao conjunto de associações voluntárias desvinculadas do mercado e do Estado a que se denomina sociedade civil. As chances de tais associações de, se contrapondo aos atores sistêmicos, influenciar efetivamente a esfera pública, marcando-a com seus temas, permanecem grandeza a ser, em cada caso, avaliadas empiricamente (p. 45 ss.).

Em trabalhos subsequentes, Habermas (1992a) desenvolveria e ampliaria a concepção aqui brevemente delineada, procurando detalhar o papel de uma esfera pública ‘politicamente influente’ dentro de sua concepção teórico-discursiva da democracia. Nesses trabalhos, o autor detalha a forma como, nos contextos democráticos, os procedimentos legais e políticos institucionalizados asseguram que os processos espontâneos de formação de opinião sejam considerados nas instâncias decisórias. Assim, a força sócio-integrativa da solidariedade, assente nos impulsos comunicativos do mundo da vida, contrabalançaria os outros dois recursos que suprem a “carência de integração e coordenação” das sociedades modernas, a saber, o dinheiro e o poder (Habermas 1992b: 23).

Cabe aos atores da sociedade civil, nesse modelo discursivo de democracia um papel duplo: de um lado ele são responsáveis pela preservação e ampliação da infra-estrutura comunicativa do mundo da vida e pela produção de micro-esferas públicas associadas à vida cotidiana. Ao mesmo tempo, tais atores canalizam os problemas tematizados na vida cotidiana para a esfera pública, tratando de “apresentar novas contribuições para a solução de problemas, de oferecer novas informações e de corroborar os bons motivos, denunciando os maus, de forma a introduzir um impulso nos ânimos capaz de alterar os parâmetros constitucionais da formação da vontade política e de pressionar os parlamentos, os judiciários e os governos em favor de determinadas políticas (Habermas 1992a: 448).

Ao mesmo tempo Habermas insiste na necessidade de auto-limitação da influência dos atores da sociedade civil, sob dois aspectos fundamentais. O primeiro diz respeito à complexidade, qual seja, para que possam funcionar como catalizadoras dos processos espontâneos de formação da opinião, as organizações da sociedade civil não podem se transformar em estruturas formalizadas, dominadas pelos rituais burocráticos. De outra forma, o ganho de complexidade poderia significar a rendição aos imperativos organizacionais e o conseqüente distanciamento da base (Habermas 1985: 423). A segunda auto-limitação diz respeito diretamente à questão do poder. Para Habermas, os atores da sociedade civil não podem exercer o poder administrativo. Isto é, a influência destes sobre a política nas mensagens que, percorrendo os mecanismos institucionalizados do Estado constitucional, alcançam os núcleos decisórios. Dessa forma, procura-se afastar a idéia de que a sociedade civil possa assumir funções que cabem ao Estado.

Correcciones y complementaciones al modelo discursivo: *new publics, counter publics, diasporic publics, deliberative publics*

Ainda que constitua, com larga margem, o modelo teórico de espaço público mais detalhado e acurado presente no debate contemporâneo, a concepção discursiva de esfera pública, conforme desenvolvida por Habermas ao longo dos anos 90, mereceu críticas e complementações importantes, as quais nos parecem relevantes considerar quando se pretende usar tal modelo fora de seu berço de origem na Europa.

A primeira complementação vem de Cohen & Arato (1992), autores que desenvolvem sua teoria da sociedade civil, no contexto de um intenso diálogo com o autor da Teoria da Ação Comunicativa. Cabe destaque à referência de Cohen & Arato ao desenvolvimento histórico dos chamados *new publics*. Conforme mostram os autores, ao lado do crescimento incontrolado da grande mídia e da penetração da cultura pelas lógicas do dinheiro e do poder que dele decorre, verifica-se um processo coetâneo de desprovincialização e modernização do mundo da vida, que culmina com a criação e expansão de novos públicos e novos loci de realização de formas críticas de comunicação – contextos de difusão de subculturas, movimentos sociais, microespaços alternativos etc. Trata-se aqui de milieus culturais marcados pela produção e circulação de idéias e formas de vida pós-tradicionais, as quais

catalizam dinâmicas de inovação cultural e contestação dos padrões sociais estabelecidos, no plano, por exemplo, das representações de gênero, das relações étnicas, etc.

As forças de renovação e transformação mobilizadas pelos novos públicos não se restringem à esfera da cultura ou do comportamento, tais públicos pressionam por mudanças no padrão da comunicação pública e podem gerar efeitos duradouros mesmo sobre a política institucionalizada:

“... enquanto o núcleo da esfera pública política, constituída por parlamentos e a grande mídia, mantém-se, antes (mas não da mesma forma em todas as partes!) fechada e inacessível, uma pluralidade de públicos alternativos, diferenciada mas interrelacionada, revivifica de tempos em tempos os processos e a qualidade da comunicação pública. Com a emergência de novos tipos de organização política, até mesmo a discussão pública nos parlamentos e nas convenções partidárias tende a ser afetada (...)” (Cohen & Arato 1992: 460)

O argumento de Cohen & Arato ganha contundência na crítica de Fraser ao modelo habermasiano e no apelo pelo reconhecimento da importância dos chamados “subaltern counterpublics” (Fraser 1992; 2002). Para a autora, a idéia de uma esfera pública nacional única e abrangente, não considera as relações assimétricas de poder que marcam, historicamente, os processos de constituição das esferas públicas contemporâneas. Ou seja, em sua própria formação, a esfera pública apresenta mecanismos de seleção que implicam a definição prévia de quem serão os atores que efetivamente terão voz pública e quais serão os temas que efetivamente serão tratados como públicos. Nesse contexto, minorias étnicas, grupos discriminados e mulheres são excluídos *a priori* da esfera pública ou merecem nela um lugar subordinado.

Os contra-públicos subalternos, ao denunciar os “vícios de origem” dos espaços públicos nacionais constituem, por isso, forças não de desestabilização, mas de democratização e ampliação da política nacional.

Gilroy (1993) acrescenta um elemento importante à crítica de Fraser, ao estudar uma forma de manifestação daquilo que gostaríamos de chamar aqui de *diasporic publics*. Trata-se da referência ao chamado espaço cultural do Atlântico Negro, entendido como um contexto de ação transnacional, formado no âmbito da diáspora africana iniciada com a escravidão moderna e a imigração forçada da África para as Américas. A alusão ao Atlântico Negro implica mais que reivindicar a igualdade de direitos e possibilidades de participação na política contemporânea e no âmbito da esfera pública burguesa. Trata-se, em consonância e complementarmente aquilo que fizeram as filósofas feministas, de colocar em discussão o próprio processo de construção da política moderna, enquanto espaço privilegiado de representação dos interesses e das visões de mundo do homem branco. Assim, na medida em que a política contemporânea rege-se pelo império da palavra, pela imposição da separação entre ética e estética, performance e racionalidade decide-se previamente o jogo político em favor daqueles que, por força de sua inserção na história moderna, puderam controlar os mecanismos de produção e reprodução dos discursos de poder considerados legítimos em cada Estado-nação particular.

A história da diáspora africana, ao contrário, se desenvolve fora da órbita da política formal, se valendo fundamentalmente da performance, da dança e da música como forma de sua constituição. Por outro lado, desde sua origem, a diáspora africana não pôde ser reduzida e retraduzida na dinâmica nacional da política contemporânea. Ao contrário, sempre se verificou uma tensão entre a busca de homogeneidade étnica no contexto de nações modernas e a presença de escravos negros e, depois, de seus descendentes, tratados como inferiores e ameaças aos projetos nacionais. Decorre dessa posição particular aquilo que Paul Gilroy, referindo-se a Du Bois, chama de dupla consciência dos negros no âmbito da modernidade. Trata-se de uma inserção ambivalente na história, caracterizada, por um lado, pela inclusão

efetiva no processo de construção da modernidade e, por outro, pela exclusão sistemática da vida política no âmbito dos Estados nação.

A sugestão de Gilroy é que se tome a contra-cultura do Black Atlantic não simplesmente como mais um repertório de manifestações artísticas e culturais, dissociadas da política, mas como um discurso filosófico que reinterpreta a modernidade e reconta sua história, a partir da perspectiva de quem sempre esteve fora das narrativas nacionais com seus heróis brancos.

As críticas de Fraser e Gilroy representam para o modelo discursivo com seu elogio implícito das possibilidades do diálogo e do universalismo uma correção importante: Eles implicam a necessidade de construir estruturas específicas de captção dos interesses e públicos subalternos, além de alertarem para o risco implícito na ênfase do modelo discursivo na comunicação verbal. Com efeito, se o espaço público não se mostrar poroso para a força expressiva não apenas dos argumentos, mas também da performance e das formas não verbais de comunicação, este pode prestar-se, indefinidamente, à reprodução do poder daqueles que historicamente dominaram o processo de produção do discurso verbal.

Um última crítica ao modelo discursivo relaciona-se com a negligência de Habermas para com as possibilidades (e a necessidade) de ampliação dos mecanismos institucionalizados de formação da vontade política, conferindo-se poderes efetivos aos *deliberative publics*. De fato, a preocupação de Habermas com a defesa do caráter institucional/constitucional do Estado de Direito e a herança da teoria parsoniana que enfatiza a distinção e necessidade de preservação de códigos de coordenação específicos nos diferentes sistemas (sociedade civil produz influência política, mas não decide nem implementa políticas) leva o autor a subestimar completamente as estruturas de participação pública. Dessa maneira, em toda sua discussão sobre espaço público falta qualquer referência à necessidade de horizontalizar os processos decisórios (Schmalz-Bruns 1994) ou à necessidade de promover processos de “alfabetização política”, que permitem, no nível local, a vivência da noção de poder (Epple-Glas 1993:120 ss).

Vários autores têm buscado preencher tal lacuna no modelo discursivo, insistindo na necessidade de conectar os processos de discussão e deliberação pública, de sorte a permitir que o debate político gere não apenas possibilidades de consenso, mas transparência no exercício do poder. Dessa forma, “um sistema político legítimo deve promover a deliberação, aumentando assim as possibilidade de decisões corretas (ou válidas, justas ou verdadeiras)” (Bohmann 1996:6, vide também Avritzer 2002: 48ss)

Espacio público mundial: Breve excursão sobre un concepto equivoco

O surgimento da esfera pública, em seu sentido moderno, é inseparável do processo de constituição dos Estados-Nação e da formação das comunidades nacionais como um público integrado que, em geral fala o mesmo idioma – há obviamente a excessão das nações multilingues – e compartilha, em alguma medida, um cotidiano ou mundo da vida comum e uma cultura política construída coletivamente. À construção institucional do Estado-Nação corresponde, portanto, no plano cultural, a formação das esferas públicas nacionais, no interior das quais são produzidos e reproduzidos os signos identitários que definem a nação. Tal processo de construção simbólica da nação se dá, conforme Bhabha (1990:287) com base na tensão entre uma ação pedagógica e outra performativa. A ação pedagógica toma a comunidade nacional como objeto dos discursos que enfatizam a origem comum e os laços supostamente primordiais que unem os diferentes membros da nação. Através da ação performativa, os símbolos nacionais são atualizados e reinterpretados, fazendo com que os membros da nação se tornem assim sujeitos da reposição viva e permanente do que se acredita ser o destino comum da comunidade nacional. Essa dupla operação discursiva confere realidade à comunidade nacional imaginada, estabelecendo, ao mesmo tempo, seu ser e seu

porvir, a essência que a ela vincula um povo, uma cultura e um território e o movimento, a transformação. Nesse contexto, a esfera pública constitui a arena viva e dinâmica na qual o permanente processo de construção, desconstrução e reconstrução discursiva e simbólica da nação tem lugar.

A formação das esferas públicas modernas se dá historicamente, portanto, de forma concomitante com a constituição dos Estados Nacionais e a definição da nação como uma comunidade política autônoma que define soberanamente seus destinos. É também no âmbito nacional que radicam as bases da cidadania moderna, concebida como o conjunto de direitos e deveres cabíveis àqueles que fazem parte da nação.

O papel democrático e democratizante assumido pela esfera pública no âmbito das fronteiras nacionais na política contemporânea tem levado alguns autores a postular que só mesmo a constituição de uma esfera pública mundial poderia construir as bases de uma democracia global (Fraser 2002; Brunkhorst 2002). No âmbito dos processos de formação dos blocos regionais, seja na Europa, seja nas Américas, a possibilidade de constituição de uma esfera pública transnacional como resposta democrática à integração econômica tem igualmente ocupado lugar importante nas discussões.

O próprio Habermas ao discutir a unificação européia aponta a necessidade de constituição de uma esfera pública continental, capaz de funcionar como plataforma da construção de uma identidade cultural européia. Se, historicamente, se observa que “a cada novo impulso modernizante abrem-se os mundos da vida compartilhados intersubjetivamente, para [depois] se reorganizarem e novamente se fecharem” (Habermas 1998:126, também Habermas 2001), faz-se necessário encontrar novas formas de acomodação social compatíveis com a vertiginosa ampliação de horizontes pessoais e sociais proporcionada pela globalização. Da mesma maneira que a identidade nacional se superpôs, ao longo da história, às lealdades religiosas ou locais, fornecendo uma plataforma para a integração social condizente com o contexto moderno, pós-tradicional e secularizado, seriam necessárias hoje novas possibilidades de reconstituição dos laços de integração e solidariedade social que, extrapolando as fronteiras nacionais, correspondam à dinâmica econômica transnacional existente.

Mesmo no âmbito europeu, a proposta de Habermas de constituição de uma esfera pública continental, tem enfrentado críticas severas. Muitos autores têm mostrado que não há plausibilidade empírica na proposta: não há indícios palpáveis de que uma esfera pública européia encontre-se em formação (Eder 2000). Argumenta-se ainda que a diversidade das origens dos habitantes da Europa contemporânea impede o recurso à história comum como fonte de constituição de uma identidade cultural efetivamente abrangente e mesmo que se chegasse a constituir algo como uma identidade comum, esta implicaria o permanente estabelecimento das fronteiras simbólicas de uma *european membership* e os processos de exclusão daí decorrentes (ver Costa 2001).

Conforme a investigação do Eder, verifica-se, nos últimos anos, no espaço geográfico europeu, a consolidação de diversos espaços comunicativos para além das fronteiras nacionais, os quais não encontram-se apoiados em mundos da vida compartilhados nem tampouco na pertença abstrata a um povo europeu. Segundo ele, ainda que a classe trabalhadora e os produtores rurais permaneçam um fenômeno nacional, as classes médias européias teriam se transnacionalizado: já existe, segundo o autor, uma cultura transnacional de movimentos sociais, de empresários e de jovens que se comunicam através da música ou do aprendizado de idiomas na Internet. Também o cotidiano dos turistas e da comunidade científica mostram o surgimento de espaços de sociabilidade e de comunicação pós-nacionais. Segundo Eder, a visão da comunidade comunicativa como a de um povo que fala o mesmo idioma representa apenas um caso particular da teoria, mas não um “requisito sistemático”. Isto é, o coletivo nacional dotado de uma identidade cultural, ainda que apresente-se particularmente bem provido de capital social para a comunicação, representa apenas uma das

múltiplas teias comunicativas que podem se formar. A comunicação transnacional assume formas diversas e se efetiva em contextos variados: “no lugar da língua nacional aparecem metaforizações polissêmicas do traço comum, novas metanarrativas processadas através de conceitos como ‘citizenship’, ‘comunidade de valores’ ou sociedade da informação (...)” (Eder 2000: 178).

Entre as diferentes formas de comunicação e sociabilidade transnacional, aquelas estabelecidas pelas articulações de movimentos sociais de diferentes origens geográficas parecem ser as mais visíveis publicamente⁴. Verifica-se aqui efetivamente a circulação de temas e argumentos relacionados com a equidade de gênero, direitos humanos ou proteção ambiental, de forma simultânea, em contextos nacionais diversos. Contudo, não se trata da formação de uma esfera pública transnacional que colocasse em contato os diferentes públicos nacionais, tem-se, na verdade, fóruns transnacionais diversos, segmentados e desarticulados entre si. Com efeito, discutidas transnacionalmente por um grupo restrito de ativistas, é através das estruturas das esferas públicas nacionais que as questões tratadas nesses contextos comunicativos transnacionais ganham repercussão, apresentando em cada país uma lógica nacional própria. Ou seja, os desenvolvimentos observados até o momento apontam para o fato de que não há a condensação de nada que lembre uma esfera pública mundial, nos moldes em que foram constituídas as esferas públicas nacionais. Quando, por ocasião, por exemplo de uma conferência de cúpula, determinados temas entram simultaneamente nas agendas das esferas públicas nacionais, o que se verifica não é um intercâmbio comunicativo entre as populações das diferentes regiões. Há, nesses casos, uma troca de informações e experiências entre um conjunto reduzido de ativistas políticos que se incumbem então de fazer com que os temas discutidos com os colegas de diferentes países, circulem nas respectivas esferas públicas nacionais. A forma como tais temas são discutidos internamente em cada país segue uma dinâmica própria, definida por fatores nacionais, como o nível de articulação dos atores sociais responsáveis pela difusão do tema, o grau de integração internacional da mídia nacional ou o interesse do governo nacional em incorporar o tema em questão à sua agenda (Costa 2002: Cap. 7).

Usos en America Latina

El uso mas importante e generalizado del concepto de espacio publico en America Latina ocurre en la investigaciones sobre los medios masivos. Predomina aquí la visión heredada de la sociología de la sociedad de masas y de la recepción tardia del concepto de industria cultural, conforme fue elaborado pela primera generación de la Escuela de Frankfurt. Asi, se esboza la imagen de un público atomizado y disperso que, de productores críticos de la cultura, se transformaron, en el núcleo del proceso mismo de constitución de la sociedad de masas, en consumidores pasivos de los contenidos de los medios.

Los autores que siguen este marco teórico (ver, entre otros Brunner, 1994; García Canclini, 1990) constatan que todos los desarrollos históricos supuestamente necesarios para la transición a la modernidad, como la reforma religiosa, las revoluciones burguesas, etc.

⁴) Estudando as redes de atores sociais no contexto latino-americano, Scherer-Warren (2001) observou que várias delas tornaram-se fóruns regulares de troca sistemática das experiências de agentes provindos de diferentes regiões do continente, diferenciando-se e constituindo suas identidades através dos temas que tratam, destacando-se aqui: i) redes filantrópicas, dedicadas à solidariedade material, ii) redes humanitárias, especializadas na defesa dos direitos humanos e de minorias, iii) redes identitárias, integradas a partir da defesa comum de identidades de gênero, étnicas, etc. iv) redes de ações educativas, articuladas a partir de projetos educacionais com premissas comuns desenvolvidos em partes distintas do continente v) redes de defesa transnacional da cidadania, que se articulam sobretudo em torno das ações de oposição aos processos de integração econômica no continente. Alvarez (1998), por seu turno, documenta a transnacionalização do movimento de mulheres na região.

habrían faltado en América Latina. Por lo tanto, la modernidad se da en el subcontinente, tardíamente, caracterizando la constitución de un plasma cultural híbrido, en el cual las reminiscencias de formas culturales tradicionales van sucumbiendo, a lo largo del rápido proceso de urbanización y fragmentación de las identidades preexistentes, frente a los valores del individualismo y del deseo de ser moderno de los “públicos educados”. Los vehículos de comunicación de masa serían, conforme esta visión, los primeros instrumentos para la operación de tal pérdida de la tradición de las sociedades latinoamericanas. Diferentemente, no obstante, de los contextos europeos, donde la fragmentación urbana y la sociedad de masas habrían producido la paulatina extinción de la “esfera pública burguesa” existente, los países latinoamericanos serían caracterizados por la inexistencia previa de tal espacio comunicativo. Serían los medios de comunicación que ocuparían desde la consolidación de la urbanización en América Latina, el lugar de las mediaciones sociales, estableciendo “una nueva diagramación de los espacios e intercambios urbanos” (García Canclini, 1990:49).

De esta concepción de un espacio público dominado, en todos sus recodos, por los medios de comunicación de masa, se derivan consecuencias necesarias para la comprensión de lo que es la política. Esta vería vaciarse sus contenidos sustantivos para tornarse rehén de la manera de comunicación de los medios, en los cuales no caben verdades matizadas: los propios “personajes políticos no buscan distinguirse por su experiencia o su capacidad de liderazgo, sino por la simpatía que sus publicistas son capaces de suscitar entre los grandes auditorios” (Delarbre, 1994:48)⁵.

As análises da relação entre espaço público e democratização/democracia na América Latina mostram um gap na consideração de aspectos importantes que marcam a política no subcontinente. Os problemas se manifestam já na ampla recepção da teoria da modernização até o começo dos anos 1980 e implicam a assunção de três premissas básicas de tal teoria, quais sejam: o postulado da endogenia, segundo o qual as sociedades nacionais consistem em um universo fechado no qual se dá inequívoca e linearmente a transformação conduzida pelas elites modernas; a suposição de uma relação de subordinação das transformações políticas e culturais às mudanças econômicas e a representação antinômica entre tradição e modernidade (vide Knöbl 2001). Nesse sentido, a modernização representaria, em cada uma das sociedades nacionais na América Latina, o processo linear que levaria à transformação das estruturas sociais e econômicas de tradicionais a modernas, entendidas como modernas as formas existentes nas sociedades (ocidentais) de industrialização pioneira (para um caso exemplar vide Germani 1981). Tal interpretação do processo de modernização, origina uma concepção evolucionista da política e do espaço público: trata-se, fundamentalmente, da expectativa de que a modernização construiria per se estruturas de discussão pública e negociação de conflitos que se aproximassem progressivamente do similar “ocidental” (Avritzer 2002: 58 ss).

A teoria da dependência corrige a teoria da modernização num ponto fundamental, ao mostrar que no lugar da modernização unilinear no interior de uma sociedade isoladamente, há que se considerar, internamente, a multiplicidade de forças pro e contra modernização e, externamente, a inserção de cada sociedade no contexto das relações de dependência entre centro e periferia no plano mundial (Cardoso & Faletto). Em seu entendimento da dinâmica entre economia e política, por um lado, e da relação entre tradição e modernidade, por outro, a

⁵ Mesmo las abordagens más diferenciadas constatan una tendencia inequívoca y unilateral de obliteración de las posibilidades de comunicación pública. El teórico brasileño más conocido de la comunicación social, Moniz Sodré (1996), por ejemplo reconoce que hay límites al poder de los medios de comunicación de masa, mostrando que “...las singulares estrategias de negociación simbólica que mantienen con su público no dejan que se transformen en mecánicas cajas de resonancia de las empresas y del estado”. No obstante, no abandona las premisas de las teorías de la sociedad de masas al mostrar que los medios “...sea por la creación de una realidad social despolitizada. Sea por la estimulación de técnicas plebiscitarias de sondeo de la opinión pública o entonces por la simple conversión de las campañas electorales en tácticas de mercado” minan las bases constituyentes de la esfera pública y de la política representativa.

teoria da dependência repete os problemas da teoria da modernização. Com efeito, os teóricos da dependência depreendem os atores políticos exclusivamente da dinâmica econômica e acreditam que as transformações na América Latina se dão num movimento ciclo: num primeiro momento, os autores acreditavam que a modernização e a consequente democratização seriam conduzidas exclusivamente pela mãos das elites progressistas que, num segundo momento, incluiriam no projeto da nação já modernizada, o conjunto da população.

Os teóricos da transição (e da consolidação) democrática aprofundam a ruptura com a teoria da modernização operada pela teoria da dependência, na medida em que mostram que as elites não são, por definição, portadoras de valores modernos e democráticos. Daí a ênfase que os autores colocam no papel democratizantes das instituições que devem assegurar a prevalência das incertezas do jogo político, mesmo contra a vontade de elites anti-democráticas (O'Donnell, Schmitter & Whitehead 1986; Diamond, Linz & Lipset 1989). Em contrapartida, o papel da esfera pública na construção da democracia não é adequadamente levado em conta, o que gera, no nosso entendimento, pelo menos dois erros analíticos recorrentes das teorias da transição.

O primeiro problema diz respeito ao papel dos novos atores sociais que emergem no contexto da democratização (movimentos sociais, associações de vizinhos, ONGs etc.). Ao mesmo tempo em que reconhecem a importância política de tais atores, traduzem o papel destes sob a lente elite/massas do elitismo democrático, o que leva os teóricos da transição a subsumir tais atores ao jogo político entre as elites. Isto é, a única contribuição de tais atores seria fortalecer a posição das elites democráticas no jogo da política institucional, única arena na qual a construção da democracia efetivamente acontece⁶.

O segundo problema diz respeito às relações entre política e cultura, entendida pelos teóricos da transição, como uma causalidade simples, ou seja, as mudanças político-institucionais e a vitória, no jogo político competitivo, das elites democráticas produziram de imediato o enraizamento de valores e práticas democráticas no seio societário. Mesmo quando constata, já nos anos 90, no âmbito de sua reflexão sobre a “democracia delegativa”, que a institucionalização da democracia nas novas poliarquias latino-americanas não havia abolido as práticas “clientelistas” e o “particularistas”, O'Donnell (1994, 1996) remete tais problemas a vícios da elite (Avritzer 2002: 32 ss). Falta, no caso de ambos problemas, um conceito substantivo de espaço público que permitisse, no primeiro caso, entender como, nessa esfera, se constroem, pela comunicação pública, a legitimidade e o poder efetivo que conquistam os novos atores sociais e, no segundo caso, mostrar como a existência ou inexistência de uma esfera pública politicamente atuante tem papel fundamental na construção de uma cultura democrática e na constituição de mecanismos de fiscalização pública que inibissem o clientelismo e o particularismo.

⁶ Una outra manera equivocada de tratar esos nuevos actores es aquella legada por una comprensión de la democracia como un mercado político. Ella se manifiesta, por ejemplo, en la crítica de Reis (1994) a la teoría discursiva de la democracia. Para Reis, el espacio público constituye la arena de disputa y afirmación de intereses sociales particulares, sin que haya, en ese juego, cualquier actor social altruista o capaz de representar cuestiones relevantes para el conjunto de la sociedad:

“Si se considera el carácter estratégico de los movimientos (sociales) y su búsqueda de afirmación de objetivos propios contra las disposiciones de otros actores, es bastante claro que ellos comparten en alguna medida con los grupos de interés el carácter de (un) particularismo tendencialmente aético...” (p. 340).

Para Reis, por lo tanto, el espacio público es parte constitutiva de un mercado político en el cual los diferentes grupos de interés disputan las atenciones públicas, imponiéndose no por la fuerza movilizadora de los argumentos que traen a luz, sino por su poder de controlar las estructuras comunicativas públicas.

Conclusões: esfera pública e as novas democracias latino-americanas

As transformações recentes porque passa a esfera pública na maior parte dos países latino-americanos no bojo daquilo que Dagnino (2002) chamou de convergência perversa, qual seja, a coincidência entre os ciclos de democratização e de reformas neoliberais são múltiplas e ambivalentes. De um lado, observa-se que uma intensa pluralização societária acompanha a liberalização dos mercados e a consolidação da integração da América Latina no contexto mundial. Ao mesmo tempo, como consequência das décadas de crescimento urbano desplanejado e dos cortes de investimento social impostos pelos programas de ajuste estrutural, assiste-se a uma fragmentação sem paralelo dos espaços públicos locais, que sucumbem frente ao avanço da violência e da instrumentalização das relações barriales pelas redes do crime organizado.

Do ponto de vista político, os processos de reforma do Estado, que impõem cortes orçamentários em áreas vitais, coincidem com programas efetivos de inovação institucional, capazes de dar transparência ao processo político e de abrir esferas do Estado à participação e deliberação públicas.

No campo dos meios de comunicação, os desenvolvimentos são igualmente ambíguos. Por un lado, los procesos recientes de concentración de la propiedad y los mecanismos historicamente prevalecientes en la distribución de las licencias de operación nos lleva a reconocer que los medios conforman un campo en el cual formas tradicionales-populistas de conquista de lealtad política se mezclan a nuevas estrategias de conquista de apoyo de las masas. Pero, simultaneamente, los medios presentan un conjunto de cambios positivos para la expansión de la democracia. No hay duda que el campo de la esfera pública controlado por los medios ha mostrado una relativa porosidad para absorber y procesar los temas colocados por los actores de la sociedad civil. Además, desarrollos como la difusión de un estilo de periodismo investigativo y la propia preservación del espacio de afirmación de la autonomía de los que producen el material divulgado por los medios (periodistas, productores culturales, etc.), hacen de los medios de comunicación actor importante en la construcción del espacio público. Tales cambios no son adecuadamente percibidos por las concepciones basadas en la sociología de las sociedades de masas, hegemónicas en la investigación de los medios masivos en América Latina.

As teorias da transição, por sua vez, se mostram igualmente desprovidas de instrumentos para identificar o potencial democrático tanto da pluralização societária referida, quanto dos novos canais de comunicação entre a sociedade civil, de um lado, e o Estado e o sistema político, de outro. Tais desenvolvimentos concorrem para a construção daquilo, que seguindo a tradição da teoria crítica descrita acima, chamamos de esfera pública. Malgrado a metáfora espacial que sugere, equivocadamente, a existência de uma localização específica na topografia social, a esfera pública diz respeito mais propriamente a um contexto de relações difuso no qual se concretizam e se condensam intercâmbios comunicativos gerados em diferentes campos da vida social. Tal contexto comunicativo constitui uma arena privilegiada para que se observe aí a maneira como os câmbios sociais se processam, o poder político se reconfigura e os novos atores sociais conquistam relevância na política contemporânea.

Sem querer abreviar, ao contrário com o intuito de estimular um debate que apenas se inicia, gostaríamos de concluir insistindo que o uso de um conceito enfático de espaço público na América Latina implica levar adequadamente em conta as correções feitas ao modelo discursivo, quais sejam:

- A incorporação dos *new publics*. Salta aos olhos a diversificação cultural e societária observada na América Latina recentemente. Observa-se a emergência de uma multiplicidade de novos atores urbanos, novas subculturas, novas etnicidades que contrastam com a imagem das nações homogeneamente mestiças construídas historicamente. Socialmente, a heterogeneização, para o bem e para o mal, não é menor.

Os modelos instituídos de família, os modelos tradicionais de relações de gênero, as opções “convencionais” de sexualidade, etc. vem sendo crescentemente confrontadas com novas formas de vida e comportamento

- A relevância dos *subaltern counterpublics*. Cabe levar em conta o papel daqueles atores sociais que representam grupos tradicionalmente excluídos do espaço público e que, ao mesmo tempo, denunciam os limites do espaço político estabelecido e reivindicam seu direito de participar nele. As madres de la Plaza de Maio, o Movimento Sem Terra no Brasil ou o Ejercito Zapatista de Libertación Nacional são exemplos de tais contra-públicos.
- A emergência de *diasporic publics*. Os novos atores diáspóricos não se formam apenas naquele sentido original descrito por Paul Gilroy referindo-se à diáspora africana. De fato, os atores que reclamam a herança africana e apresentam ao espaço público nacional sua estética desafiadora daquilo que se constituiu, historicamente, como representação nacional, ganham importância em várias regiões e, com especial relevo, na Colômbia e no Brasil. Não obstante, a idéia de públicos diaspóricos contempla todos os novos públicos que apresentam uma inserção ambivalente no espaço público nacional: ao mesmo tempo que partilham dele, compartilham de redes transnacionais e se constituem, assim, como agentes permanentes de introdução de inovações sociais no contexto nacional. Estes são os casos das redes de movimentos transnacionais de movimentos sociais, de imigrantes, etc. Recorde-se que não se trata aqui, da formação de *um* espaço público transnacional, mas de contextos comunicativos transnacionais múltiplos e não necessariamente interligados. As considerações sobre os *countepublics* e os *diasporic publics*, ademais, chamam a atenção para a necessidade de considerar as formas não verbais de comunicação negligenciadas pelo modelo discursivo. Negros, indígenas e outros grupos que constroem sua identidade numa relação ambivalente com o “nacional”, têm na performance e na estilização de seu próprio corpo um instrumento valioso de comunicação e convencimento.
- A multiplicação dos *deliberative* ou *partipatory publics*: O modelo discursivo de espaço público insiste na necessidade de separação clara de funções entre a sociedade civil e a sociedade política e na auto-limitação dos atores civis. As reservas são compreensíveis se se considera que o modelo foi formulado por referência empírica a um contexto em que há mecanismos efetivos de controle dos cidadãos sobre o Estado os partidos políticos, a despeito do desencatamento dos últimos tempos, ainda funcionam como estruturas eficientes de intermediação entre a sociedade civil e o sistema político. Na América Latina, contudo, os partidos se constituíram historicamente a partir de máquinas partidárias capazes de distribuir, privadamente e por meio de acordos clientelistas, benefícios públicos. Nesse sentido, deve caber uma ênfase distinta às articulações entre os processos de deliberação pública e tomada de decisão na América Latina. É preciso que, no seio de uma esfera pública porosa e pulsante, temas, posições e argumentos trazidos pelos novos atores sociais, encontrem formas institucionais de penetrar o Estado e, por essa via, democratizá-lo, tornando-o objeto do controle dos cidadãos.

Bibliografia

- Epple-Gass, R. (1992): “Volkssouveranität statt Systemlegitimierung“. *Widerspruch*, 24
- Adorno, T. y M. Horkheimer (1964): *The Dialectic of Enlightenment*. Nueva York: Herder & Herder
- Fraser, N. (2002): “Transnationalizing the Public Sphere”. Nueva York, manuscrito inédito
- Schmalz-Bruns, R. (1994): “Zivile Gesellschaft und reflexive Demokratie”. *Forschungsjournal NSB*, 1/94, 18-34

- Arendt, H. (1959): *The Human Condition*. Chicago, Chicago University Press
- Benhabib, S. (1995): *Democracy and Difference: Contesting the Boundaries of the Political*. Cambridge, MIT Press
- Calhoun, C. (1992): *Habermas and the public Sphere*. Cambridge, MIT Press
- Cohen, J. (1985): "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements". *Social Research*, vol. 52, no. 4, pp. 663-716
- Deetz, S. (1992): *Democracy in the Age of Corporate Colonization*. Nueva York, Sunny Univ. Press
- Downs, A. (1956): *An Economic Theory of Democracy*. Nueva York, Harper
- Dryzek, J. (1990): *Discursive Democracy*. Cambridge, Cambridge Univ. Press
- Godfarb, J. (1989): *After the Fall*. Nueva York: Basic Books
- Gutman, A. (1994): *Multiculturalism*. Princeton, Princeton Press
- Keane, J. (1988): *Civil Society and the State*. Londres: Verso
- Jay, M. (1993): *The Dialectical Imagination*. Boston: Little Brown
- Melucci, A. (1985): "The Symbolic Challenge of Contemporary Movements". *Social Research*, Vol. 52, no. 4
- Melucci, A. (1989): *Nomads of Present*. Filadelfia, Temple Univ. Press
- Melucci, A. (1996): *Challenging Codes*. Cambridge, Cambridge Univ. Press
- Melucci, A. (1997): "Interview to Leonardo Avritzer and Timo Lira". *Thesis Eleven*, no.
- Pateman, C. (1970): *Participation and Democratic Theory*. Cambridge, Cambridge Univ. Press
- Sartori, G. (1987): *The Theory of Democracy Revisited*. Nueva Jersey, Chatham Pub.
- Schumpeter, J. (1944): *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York, Harper
- Tompson, J. (1990): *Ideology and Modern Culture*. Cambridge, Polity Press
- Thompson, J. (1995): *Media and Modernity*. Cambridge, Polity Press
- Held, D. (1987): *Models of Democracy*. Stanford: Stanford Univ. Press
- Bohman, J. (1996): *Public Deliberation: Pluralism, Complexity and Democracy*. Cambridge, MA: MIT Press